

**VER:**

El domingo pasado veíamos el peligro de considerar la Pascua como algo que “ya pasó”. En diferentes circunstancias y ámbitos de nuestra vida podemos perder el sentido de la novedad, la capacidad de sorpresa, ya no nos hacen vibrar, ya no valoramos lo suficiente lo que tenemos. Y esto se produce también en las relaciones humanas. Así, en una viñeta de Mafalda, ésta, viendo a su padre recién levantado de la cama, preguntaba extrañada a su madre: “Mamá, cuando conociste a papá, ¿sentiste que te devoraban las llamas de la pasión, o que apenas algo se te tostaba...?”

**JUZGAR:**

En este Domingo III de Pascua, los discípulos de Emaús se preguntaban: *¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?* Y nosotros debemos preguntarnos lo mismo, porque en la oración colecta hemos pedido **que tu pueblo, Señor, exulte siempre al verse renovado y rejuvenecido en el espíritu.** Y en la oración sobre las ofrendas pediremos que las reciba de **su Iglesia exultante de gozo.** Nosotros somos la Iglesia, ¿es esa realmente nuestra actitud?

Después del tiempo transcurrido desde el Domingo de Resurrección, ¿sentimos que nuestro corazón arde, como el de los discípulos de Emaús, o sentimos que apenas algo se nos está tostando, como preguntaba Mafalda? ¿Acaso somos *necios y torpes para creer?*

A los discípulos de Emaús el corazón les ardía escuchando a Jesús mientras les explicaba las Escrituras. Por si acaso nuestro corazón sólo “se está tostando”, en la 1ª lectura hemos escuchado el resumen de lo que es el Misterio Pascual: *Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó... os lo entregaron y vosotros... lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó... y todos nosotros somos testigos.* Y finaliza diciendo: *Esto es lo que estáis viendo y oyendo.* ¿No es motivo suficiente para que arda el corazón? Y para que siga ardiendo, en la 2ª lectura hemos escuchado: *Por Cristo vosotros creéis en Dios... y habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.* La fe y la esperanza que dan sentido a nuestra vida las tenemos gracias a la resurrección de Cristo, y éste es otro motivo para que arda nuestro corazón.

Y además de hacerlo con las Escrituras, nuestro corazón arderá sobre todo cuando reconozcamos a Jesús al partir el pan. La Eucaristía ha de ser para nosotros el centro y culmen de nuestra vida, es la presencia real de Cristo Resucitado. No podemos contentarnos con “oír misa”, limitándonos al “cumplimiento del precepto”, porque así, a lo sumo sentiremos que “apenas algo se nos está tostando”. Si queremos que nuestro corazón arda, debemos participar en la Eucaristía con todo nuestro ser, porque es un verdadero y real encuentro con Cristo. Como dice el Papa Francisco, una verdadera teofanía.

**ACTUAR:**

Después de dos semanas de Pascua, ¿siento que mi corazón arde, o que “apenas se me está tostando”? ¿Cómo está afectando actualmente a mi vida que Cristo haya resucitado, ha crecido mi fe y mi esperanza? ¿Me cuesta comprender la Escritura? ¿Formo parte de algún grupo de formación para comprenderla mejor, o como decía Jesús a los de Emaús, quiero seguir siendo “necio y torpe”? ¿Participo activa y conscientemente en la Eucaristía como un verdadero encuentro con Cristo Resucitado, o me limito a “cumplir el precepto”?

Decía la 2ª lectura: *tomad en serio vuestro proceder en esta vida.* Si transcurrido el tiempo que llevamos de Pascua sentimos que nuestro corazón no arde, sino que “apenas algo se nos está tostando”, tomemos en serio nuestro proceder como cristianos. Aprovechemos las oportunidades que se nos ofrecen para alimentar el fuego del Espíritu que hemos recibido para que, igual que los discípulos de Emaús, resultemos testigos creíbles cuando mostremos a los demás que hemos reconocido al Señor, al partir el pan, y en el camino de nuestra vida.